



Portada :: Cultura



27-12-2013

Entrevista al escritor Alfons Cervera, autor de "Las voces fugitivas"

"Nunca encontré demasiada diferencia entre mi trabajo periodístico y la literatura"

Enric Llopis
Rebelión

A Alfons Cervera le agrada compartir libros y tertulias con amigos y afines, en ambientes familiares. Su último libro -"Las voces fugitivas" (Ed. Piel de Zapa) no es precisamente un libro de epónimos y gestas. Y si lo es, ello se debe a los "pequeños" personajes de la novela, que viven, luchan y sufren en el territorio natal del autor, la Serranía valenciana, durante la guerra civil y la posguerra. El escritor de Gestalgar integra en "Las voces fugitivas" sus cinco novelas del "ciclo de la memoria". También ha publicado poesía, ensayo y se ha dedicado durante más de tres décadas al periodismo. Pero no desde una neutralidad imposible, sino a partir de un compromiso con las ideas de izquierda y los movimientos sociales del País Valenciano, para los que su voz ha estado siempre disponible ("Creo que hay un código de clase (lo aprendió de Juan Marsé) que nunca me ha abandonado a la hora de escribir o de cualquier cosa que haga en la vida", afirma). Alejado de los grandes focos y las francachelas, sean periodísticas o literarias, hace balance de su larga trayectoria y considera que no hay tanta diferencia entre los dos géneros. Los une la ficción, ironiza. "Pero no tanto".

-Acabas de publicar "Las voces fugitivas". ¿Por qué decidiste adentrarte en el territorio literario de los maquis y la memoria antifranquista? ¿Qué conclusión extraes de esta incursión?

Los motivos de esa incursión fueron personales más que estrictamente literarios. Hasta 1993 yo escribía con más dedicación a la manera en que contaba una historia que a la historia misma. Ahí estaba, para ejemplo, la novela de ese año: "Nos veremos en París, seguramente". Vengo de una tierra de interior, la Serranía, una de las más desfavorecidas y despobladas del País Valenciano. Desde muy pequeños, dejábamos la escuela para ir a trabajar al monte o en cualquier otro tajo. Yo empecé a los nueve años a trabajar con mi padre en el horno. Digo esto de la escuela porque no es precisamente la cultura en general, y aún menos la lectura, una de nuestras preocupaciones principales. Mis novelas hasta ésa que te digo eran más "experimentales" que otra cosa. O eso se decía. En mi pueblo, Gestalgar, tenían todas esas novelas pero no creo que las leyeran: había más una cuestión de afecto que literaria. Entonces pensé que ya estaba bien, que a mi gente más cercana les debía una historia. Una historia que nos acercara también a través de la literatura. Y ahí estaba la infancia para construir un código común. De esa intención salió "El color del crepúsculo". La infancia en un pueblo pequeño de la montaña, en la posguerra, últimos años cuarenta y primeros cincuenta del pasado siglo. Después quise escribir lo mismo pero con los padres y los abuelos de esa infancia de protagonistas. Salen así "Maquis" y "La noche inmóvil". La conclusión es muy sencilla: la ficción ayuda, y mucho, a construir la realidad. Y aquella jodida realidad de la postguerra queda reflejada en mis novelas con unas dosis, según dicen quienes entienden de estas cosas, más que aceptables. Más tarde vendrían otras dos novelas: "La sombra del cielo" y "Aquel invierno".

"Las voces fugitivas" compila las cinco novelas del "ciclo de la memoria". ¿Podría distinguirse entre una memoria, digamos, política, y otra más personal, vivencial, de sensaciones o "proustiana"?

Podría distinguirse, claro que sí. No hay más que echar una mirada a la manera en que desde la literatura se enfrenta esa reflexión sobre el pasado. Ahora mismo hay un tratamiento sentimental, un tanto melancólico, incluso a ratos creo que nostálgico, de ese pasado. No estoy, ni como ciudadano ni como escritor, en esa reflexión. Al contrario, me

parece preocupante. Hay como una intención -al menos lo veo así- de huir del discurso político e ideológico de la memoria. Me da que la memoria está siendo considerada como un refugio más que como lo que en realidad es: intemperie, oscuridad, sombras que hay que desbrozar para llegar a una cuanta más clara mejor conclusión sobre lo que contiene en sus pliegues.

-¿Te consideras un escritor "a fuego lento"? ¿Piensas que hoy se escribe con demasiado apremio? ¿Cómo afecta la premura a un texto, sea literario o periodístico?

Las prisas casi nunca son buena cosa. Y en el caso de la literatura aún menos. Pero a veces es el mercado quien manda. Y ahí tenemos escritores que escriben al dictado de los plazos que las editoriales imponen. Lo que no quiere decir que los plazos largos, la lentitud, aseguren buenos resultados en cuanto a la dignidad de lo escrito. Te equivocas algunas veces, escribas rápido o como una tortuga, y punto. Pero atendiendo a una regla general que yo mismo me impongo: no tengo ninguna prisa en acabar una novela. Hasta que llega un momento de su escritura que te obliga a vivir sólo para ella. Y ahí se desboca la velocidad, incontrolable y cruel, y en esa mezcla de apremio y maravilla encuentro que escribir es el oficio más fantástico que podamos imaginar. En todo caso, a mí no me preocupan los plazos, las exigencias al margen de cumplir con ese oficio maravilloso que te decía. Hablo del otro lado de la escritura, de las editoriales en que se publica esa escritura. Y ahí, en ese punto, lo mío es un gozo absoluto. Una misma editorial desde el primer libro. No concibo salir de Montesinos, de esa familia que ya es la mía después de casi treinta años. Eso sí que es importante para que sean cuales sean los ritmos, las maneras, escritas aprisa o más despacio de lo que preciosamente tarda el Barça en llegar al área contraria, las novelas no se vean condicionadas por las imposiciones editoriales tantas veces con intereses al margen de la buena literatura. Lo del periodismo es distinto. Los plazos son intransigentes. Manda la oportunidad, la exigencia de que la página se llene antes de tal hora, un ritmo de trabajo que difícilmente permite las florituras a la hora de escribir. Y eso no significa, como suele decirse, que el periodismo escribe mal. Para nada. Y lo dice quien lleva en ese oficio más de treinta años.

¿Eres de los escritores que corriges y corriges y perfeccionas? ¿Resta ello naturalidad y espontaneidad a una novela?

Corrijo y corrijo. Sin parar. Me aplico lo de Monterroso. Decía, el gran escritor de pequeño formato, que él no escribía, corregía. Pues eso me lo aplico yo con una fidelidad de alumno seguro que nada aventajado. Nunca daría una novela por terminada. Y eso no quiere decir que aciertes, que no caigas en errores inadmisibles. Y caes, claro que caes... No, corregir y corregir no resta espontaneidad a una novela ni a nada.

-En relación con lo anterior, ¿eres partidario de diseñar una arquitectura previa, con personajes bien definidos o cerrados, o de novelas, digamos, como las "novelas" de Unamuno, que se van construyendo a sí mismas?

Trabajo a partir de una ligera idea de lo que quiero escribir. Y de un título. Soy incapaz de empezar una historia sin que el título esté claro desde el principio. No hay arquitectura previa, no hay diseño de personajes, ni de las relaciones entre ellos, ni un itinerario asegurado por el que andará el devenir de la historia. Escribo sobre la marcha, sin mirar qué he escrito en la sesión anterior. Lo único que tengo claro es que esa novela no pasará de las ciento sesenta o ciento setenta páginas. Me agota muchísimo esa escritura sin adornos que es la que me interesa, no describo -soy torpe para eso, para los diálogos...-, todo en lo que escribo va por dentro, aflora a la superficie eso de dentro como un peso enorme que me cuesta levantar. Pero ojo: ese agotamiento nada tiene que ver con el sufrimiento. No entiendo a quienes dicen que sufren escribiendo. Si sufren tanto, no sé por qué no se dedican a otra cosa menos hiriente que la literatura. Después de acabada, es cuando empieza lo que te decía antes: esa corrección enloquecedora de lo escrito hasta entonces.

-Hay quien afirma que el estilo literario es genético, se lleva en la sangre y se plasma en el texto. ¿Estás de acuerdo?

¿Qué, quién dice eso? Lo primero es que no sé muy bien qué es eso del estilo. Imagino que se refieren a la manera total que alguien tiene de contar sus historias. ¿Y dicen que se

nace con eso? ¡Joder con la tropa literaria! Uno nace sin nada, sólo con la señal que le deja el médico en el culo cuando el primer llanto y el cuerpo más rojo que los vestidos paradójicos con que se exhibe en público Rita Barberá, ese anacronismo facha de alcaldesa que sufrimos en Valencia desde que los dinosaurios dominaban la tierra. Todo se va puliendo en lo que escribes. Unos errores sobre otros, unos aciertos sobre otros. Las lecturas de los libros donde aprendes a desterrar poco a poco lo que emborriona la escritura. Si encima tienes algo de talento, la cosa es ya para mirarte en el espejo y decir chapó, tío, eres la hostia...

-Decía Gabriel García Márquez que el momento de ponerse a escribir una novela es cuando ésta le "queme" al autor. ¿Son estas las buenas novelas, las que salen "de corrido", de una "sentada"?

No creo demasiado en la cocina universal de la escritura. Cada uno se apaña como puede. Me gusta escribir, me apasiona. Eso es lo único que me mueve a abrir el ordenador todos los días y descubrir qué se está cocinando dentro de mi cabeza.

-¿Quiénes han sido/son tus grandes referentes literarios y qué has aprendido de cada uno de ellos?

Aquí viene la respuesta complicada, ya que siempre será tan incompleta como injusta. Por eso sólo te diré un nombre (y quienes han leído mis novelas, que añadan los que consideren oportunos): Juan Marsé. Por un motivo especial. Cuando era poco más que un adolescente un amigo me prestó "Últimas tardes con Teresa". La leí y me dije que sólo por escribir una novela como ésa ya valía la pena ser escritor. Pero me quedé, aparte de con la historia, con dos detalles. En la solapa no ponía nada de que el autor fuera licenciado en Filosofía y Letras, que era lo que ponía en casi todas las solapas de entonces. Y además sí que ponía que ese mismo autor era currante en un taller de joyería. Creo que ahí hubo un código de clase que nunca me ha abandonado a la hora de escribir o de cualquier cosa que haga en mi vida.

-Te has dedicado durante tres décadas al periodismo. Has escrito infinitas crónicas, reportajes y artículos de opinión ("mi periódico de toda la vida es el Levante"). ¿Con qué "mirada", desde que perspectiva has ejercido el oficio?

Desde la mirada que considero ha de ser también la que toca ejercer a la hora del vivir. Uno no puede ser distinto cuando escribe y cuando vive. Nunca me creí aquello de que el compromiso del escritor es sólo con su "obra". Me jode esa obviedad que enmascara otras cosas. Claro que escribir bien es algo que nadie que se dedique a la literatura puede ignorar. Ahora bien: eso es una obviedad. A mí no me interesa (más bien, la detesto) esa literatura que se alimenta de sí misma, esos ejercicios literarios que me parecen vacíos de otra cosa que no sea el yo desmesurado de quien escribe. Lo que sucede dentro de uno mismo, o lo suelta en forma de mierda que ensucia lo que hay alrededor o mejor que explota dentro y alimenta el país de jauja que determinados escritores aman como si ellos mismos fueran el centro del mundo. Pues eso mismo digo cuando hablo de periodismo. La mirada única que me interesa: la del conflicto, la de la curiosidad, la de quien está convencido de que todos los días aprendemos a escribir de una manera que no nos avergüence y a avergonzarnos aún menos de lo que escribimos. Cuando uno tiene la posibilidad de disponer de una página en un periódico no puede andarse con florituras. Ha de subirse al andamio de esa página y lanzarse al vacío sin ninguna medida de protección. Esa actitud hará que aunque los trastazos se sucedan siempre habrá una razón para seguir escribiendo, para seguir pensando que la vida está para currársela cada día como si fuera el primero, aquel de la palmada en el culo y el llanto de descontento que no se acabará nunca y te servirá, aunque a veces resulte difícil, para no cansarte aunque a veces esta mierda de capitalismo sombrío y sus poderes se empeñen en aplastarnos como si fuéramos la cucaracha de Kafka.

-¿Opinas que existen puntos de conexión entre el periodismo y la literatura?, más allá de los tópicos al uso sobre el "nuevo periodismo" estadounidense.

Claro que hay conexión. Y tanto que la hay. Manejamos los mismos materiales. La palabra. La arquitectura de las frases. Los personajes protagonistas. Y poniéndonos jodidamente sarcásticos hasta podríamos decir que tal como se están poniendo las cosas en los

medios y cómo lo que pasa es tratado en esos medios, la ficción une descaradamente el periodismo y la literatura. Tópicos al margen, nunca encontré demasiada diferencia entre mi trabajo periodístico y la literatura, aparte lo que te comentaba sobre la ficción más o menos como ironía, aunque no tanto. La inmediatez del periodismo sería una de las principales diferencias, si no tal vez la única. Lo demás es muy parecido, sobre todo aquello que tiene que ver con la verdad de lo que pasa, con la dignidad y la ética que habría de apuntalar nuestros trabajos. Otra cosa es que aquella verdad, la dignidad y la ética sean hoy, en este momento histórico dominado por el cinismo, una broma de mal gusto.

-Predominan hoy los ritmos trepidantes, hollywoodienses, vertiginosos y con emociones banalizadas. ¿Afecta esto y, si es así, de qué modo, a la manera de escribir y a la manera de leer (a los lectores de una novela/textos periodísticos)?

Lo de los ritmos y el vértigo que acompaña los relatos no me preocupa. Sí, y mucho, lo de la banalización de las emociones. Hoy se ha puesto de moda eso de la banalización. De repente, cuando se están reclamando algunos valores arrumbados cínicamente por esta mierda de capitalismo a lo bruto (no sé si hay otro, seguro que no) va y salta al estrado del debate Hannah Arendt. Y su teoría se aplica a todo lo que tenga que ver con el bien y el mal. Una cosa es lo que ella escribió y otra la apropiación cínica, despiadada, de quienes argumentan -más o menos a las claras- que los canallas tienen carné de indulto histórico. Lo de las falsas emociones va por ahí. Ahora toca llorar a todas horas, doblen por quien doblen las campanas. Y el relato de la memoria, como te decía antes, está construido con esas emociones y para que quienes lo lean se ahoguen en un torrente de lágrimas que impide cualquier acercamiento racional -y aún menos político o ideológico- a lo que ese relato cuenta o calla. Pero claro, el mercado es el mercado y la lágrima cotiza alto en la Bolsa de una banalización que apesta. Menos mal que hay gente que se curra a diario y donde sea un discurso a contracorriente y a contratodo. Hablo de algunos colegas que no se hartan de dar la nota discordante, como Isaac Rosa, Belén Gopegui, Marta Sanz, Jorge Riechmann y otros que siguen peleando aunque sea -como así es- en terreno minado por la cultura del consenso que marcó la transición política, la reconciliación que también viene de allí y otras monsergas que darían risa si no fuera porque, como decía Rilke de sus ángeles y la belleza, suponen una antología completa de lo terrible.

-Afirmaba Cortazar que los diccionarios académicos venían a ser como un "cementerio". ¿Consideras que contribuyen a la precisión lingüística o, por el contrario, cercenan la creatividad?

El único diccionario que manejo son los libros que leo. Y lo que escucho en la calle. Y la mezcla de idiomas que vive en las entrañas de mi tierra, una tierra que habla castellano y se alimenta también del valenciano con el que comparte frontera. Se ha dicho muchas veces que a los diccionarios les falta alma. O vida. La verdad es que me quita poco sueño lo que hagan en la Academia. Desde que en dos ocasiones se vetó la entrada a Caballero Bonald, el mejor escritor contemporáneo en castellano, no he perdido un minuto en lo que hace o deja de hacer la gente allí dentro.

-¿Piensas que la mirada del escritor ha de ser introspectiva y sacar las emociones/reflexiones que lleva dentro o, por el contrario, pensar en el destinatario?

Entre quien escribe y quien lee hay un intermediario. El texto. Y el texto interpela. A las dos partes interpela un texto que no quiere ser sólo el ombligo de quien escribe. Lo decía antes: la explosión de lo que llevamos dentro, una explosión que ahora, por lo que dices, alcanzará de lleno a quien se apresta a la lectura sin ningún tipo de complacencia. La complacencia, o todo lo contrario, vendrá luego, cuando ambas partes hayan cumplido su recorrido a través de las páginas del libro. Nunca pienso en el destinatario. Sí que pienso en el territorio común, en lo que nos junta fuera del texto, en construir un paisaje donde nos reconozcamos sin trampas, en buscar la mejor manera de que -con el texto en medio- nos enfrasquemos en la tarea colectiva de joder a quienes nos están jodiendo el sueño todos los días de nuestra vida.

-¿Crees que es real la distinción entre literatura excelsa ("Cien años de soledad", el "Quijote", "Crimen y castigo" o "Rayuela") y la literatura "fácil" o de "éxito" que representan autores como Dan Brown, Paulo Coelho, Arturo Pérez Reverte o Larsson?

¿Hay una suerte de "elitismo" al marcar esta frontera?

La literatura o es buena o es una mierda. Y buena y mierdosa literatura hay en el sector elitista y en el otro.

-Por último, ¿qué consejo le darías a un escritor novel con miedo a la hoja en blanco? ¿Hay demasiada trascendencia en torno al hecho de escribir, corsés estilísticos, la mirada del lector o del crítico?

El miedo a la hoja en blanco es una falacia, esa manera que algunos tienen de magnificar un trabajo que no tiene por qué ser diferente a cualquier otro. Pero eso sí: una de las cosas más ridículas que he oído en mi vida es eso del miedo a la hoja en blanco. Deja que me ría otra vez de tanto fantasma suelto por la literatura. Y eso: si tanto miedo les da la hoja en blanco, pues que cojan el avión y se hagan un ochomil entre la nieve y las borrascas. O que se monten en una vagoneta y se bajen al fondo de la tierra entre nubes de grisú. O que se corten las venas y nos dejen en paz con tantas tonterías...

Rebelión ha publicado este artículo con el permiso del autor mediante una [licencia de Creative Commons](#), respetando su libertad para publicarlo en otras fuentes.

[Envía esta noticia](#)

Compartir esta noticia:     